

George Steiner

LOS LOGÓCRATAS

I. Mito y lenguaje

Los “logócratas”:
De Maistre, Heidegger y Boutang
(fragmento)

Entre los modelos genéticos del lenguaje es posible distinguir, a grandes rasgos, dos clases. La primera corresponde a un orden de explicación “naturalista” o “positivista”. Para este enfoque, la evolución del lenguaje humano es análoga y está estrechamente ligada a la evolución de los demás atributos fisiológicos y psicológicos de la especie. La fonética se esfuerza por determinar las limitaciones y el potencial de la expresión vocálica. Lo hace en paralelo a la anatomía comparada y a la neurofisiología, que se esfuerzan por establecer la etiología y la mecánica de los órganos vocales y de los centros del habla en el córtex humano. La paleolingüística y la sociolingüística intentan, a su vez, dar una explicación racional de las condiciones sociales, económicas y ecológicas en las cuales habría nacido y se habría desarrollado el habla. La teoría marxista, que vincula la evolución del habla a la división del trabajo, o las recientes especulaciones sobre la dinámica de la reciprocidad entre la fabricación de útiles y el desarrollo del lenguaje humano al final de la última era glacial, son ejemplos de este tipo de explicación. Una lingüística “positivista” no pretende necesariamente proporcionar una explicación teórica y pragmática de los orígenes y la evolución del lenguaje; ni siquiera afirma que las investigaciones y resultados futuros en relación con la bioquímica del cerebro o con nuestra comprensión de la prehistoria vayan a aportar una explicación definitiva. Pero la lingüística “positivista” insiste en el hecho de que el problema y su supuesta solución dependen de una categoría natural. De manera concomitante, afirma que la evolución y el carácter del lenguaje, por complejo que éste sea, forman parte de un *continuum* que abarca todas las formas de comunicación en las especies animales (la zoolingüística) y los códigos de comunicación pre o extraverbales (semántica general).

A la segunda clase de explicaciones se le podría calificar como “trascendente”. No niega necesariamente que el lenguaje esté instrumentalmente condicionado por limitaciones fisiológicas (véase la fonética de la escuela lingüística de Praga y los estudios de A. R. Luna y Roman Jakobson sobre la afasia). No niega los componentes socioeconómicos, colectivos y ambientales del desarrollo y de la diversificación de las lenguas tal como las conocemos. Pero en este modelo de “trascendencia” el problema de los orígenes del lenguaje se percibe como cardinal y sui géneris. Este enfoque rechaza el postulado naturalista en virtud del cual el problema de los orígenes, del *incipit* del discurso humano, es considerado a todos los efectos análogo al problema de los orígenes y la evolución de cualquier otro atributo orgánico o socialmente adaptativo. Para simplificar hasta el extremo: la teoría “trascendente” del lenguaje postula un proceso o un momento de “creación especial”. Sostiene que la noción de “pensamiento preverbal” está, literalmente, desprovista de sentido. Rechaza la idea de que los esquemas evolutivos de mutación, de selección competitiva y de especialización puedan dar una explicación coherente de las relaciones, casi tautológicas, entre la identidad del hombre y el uso que éste hace del lenguaje. (Es interesante recordar que Thomas Huxley, hacia el final de su carrera, llega a la conclusión de que el darwinismo no había ofrecido ninguna explicación plausible de los orígenes del fenómeno del lenguaje.) En concordancia, una categoría de explicación “trascendente” se esforzará por refutar la hipótesis de un *continuum* entre la comunicación animal y el lenguaje humano. Admitirá eventuales analogías entre ambos y concederá que hay, en una y otro, rasgos de *mimesis*, de exhibición, de marca del territorio. Pero una “lingüística trascendente” implica un postulado ontológico en lo que se refiere a la unicidad del discurso humano. Las similitudes fonéticas con otros sistemas semióticos no son sino superficiales. El hombre, como dice Jenofonte, es un “animal hablante” o un “animal dotado de lenguaje”. Pero, precisamente por ello, es exterior y muy claramente superior a la animalidad en el sentido propio del término.

Dentro de la clase de los modelos “trascendentes” es posible hacer una subdivisión. El problema de los orígenes del lenguaje se puede juzgar insoluble y por tanto, en cierto modo, trivial. En este aspecto, algunas de las posturas lingüísticas más fuertemente “positivistas” tienen una base “trascendente”. Jacques Monod sostenía que la cuestión de los orígenes era una cuestión falsa porque no era posible disociarla de otra cuestión asimismo falsa: “¿cuál es el comienzo del hombre?” El lenguaje y la humanidad son inseparables, y es inútil interrogarse acerca del salto cuántico de la mutación que explica esta situación. Del mismo modo, Noam Chomsky ha subrayado cuán ocioso es construir hipótesis sobre los fundamentos neuroquímicos últimos del lenguaje en el individuo o en la especie. No se podrían reunir pruebas

para escribir la historia de la “impresión” en el córtex del proceso a través del cual el lenguaje se convirtió en una competencia innata en el *homo sapiens*. Al igual que las cosmologías actuales, ciertas escuelas de lingüística “científica” empiezan “tres segundos” después del Big Bang. Proceder así es, tanto en los hechos como en la lógica, admitir una fuente de causalidad “trascendente”. Pero a esta fuente no se le concede necesariamente ninguna importancia, ningún estatus racional y productivo de verificación o falsabilidad.

En su forma “esencialista” o rigurosa, una lingüística de tipo “trascendente” dará una importancia primordial al problema de los orígenes del lenguaje humano. Y el modelo que plantee será “teológico”, por emplear la palabra en un sentido estricto y en un sentido que permite variantes analógicas y metafóricas. Afirmará o supondrá que el habla humana es un don de Dios. Sostendrá que es ante todo en relación con el habla como el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y que ninguna modificación evolutiva posterior, ninguna analogía funcional con el canto de los pájaros o con los sonidos emitidos por las ballenas, pueden afectar a un instrumento lingüístico que es un don de Dios y sigue siendo ontológicamente único. No hay pensamiento sin lenguaje, interior o exterior. No podría tener conciencia moral sin pensamiento articulado. Se deduce que la conciencia del hombre, la conciencia de sí, incluso lo que hace que sea hombre, posee un núcleo lingüístico. Ningún diagnóstico naturalista podría diseccionar ese centro del espíritu o dar cuenta de su etiología en términos de mutación o de selección. Su origen y su textura son, hablando con propiedad, trascendentes. Éste es el tipo de “explicación” en el cual el robo del fuego divino por Prometeo deviene una alegoría de la concesión del lenguaje racional (el habla es razón en acción) a los mortales. Es el género de explicación que ofrece Vico cuando postula una forma de “prehabla”, probablemente musicalizada, en la “edad de los dioses”. Hamann y Herder afirman resueltamente un origen divino del discurso humano. No menos que Agustín, ven en la capacidad que tiene el niño de producir y comprender un número ilimitado de frases (fenómeno de una importancia crucial en la lingüística chomskiana), una prueba decisiva de que el lenguaje -el lenguaje en un estado más o menos consumado- ha sido implantado en el hombre por un decreto divino.

Numerosos pueden ser, y son, los modelos trascendentes. Pero, a través de su diversidad histórica, el conjunto particular y riguroso que me interesa aquí, el conjunto en el que prevalece el postulado activo e informante de un origen teológico del habla, posee un rasgo unificador. Emplea la palabra clave *logos*. La emplea ya en relación específica con el Verbo creador de Dios en la terminología juaniana, neoplatónica o gnóstica, ya en un sentido más difuso que, al mismo tiempo, supone e implica el misterio de una fuerza divina en el habla. Con frecuencia,

esta implicación pesará sobre la raíz *logos* en palabras como *lógica* o *analogía*. Se supone que esta extensión elucida y pone de relieve la “trascendencia *logística*” de la gramática, de las operaciones del pensamiento humano (y de las operaciones, como hemos visto, consideradas como ontológicamente ligadas al lenguaje). El habla humana es la encarnación del “Verbo” -del *logos*- y el aura de esta devolución desde un origen trascendente se adhiere hasta al más grosero y rudimentario de nuestros actos de habla.

Podemos, sin embargo, hacer una distinción adicional. En un modelo teológico del habla es posible distinguir una visión funcional del lenguaje humano y una visión que yo calificaría de “logocrática”, pidiendo disculpas de antemano por este desafortunado vocablo.

El punto de vista funcionalista atribuye al discurso humano un origen divino y una calidad trascendente. Pero considera que el hombre domina y utiliza el lenguaje para fines naturales. El lenguaje es el necesario y justo instrumento de su existencia social y política. Es el útil del conocimiento puro y aplicado. Es el vector de su imaginación, mediante el cual engendra las artes y las ciencias. Aunque esté a la altura de lo sublime, la relación del hombre con los recursos del lenguaje es utilitaria. Ésta es la perspectiva característica de la lingüística deísta de la Ilustración, por ejemplo en Rousseau, o de la sociolingüística marxista y positivista, si bien en este último caso la premisa trascendente se suele ocultar o abandonar.

El punto de vista “logocrático” es mucho más raro y, casi por definición, esotérico. Radicaliza el postulado del origen divino, el misterio del *incipit*, en el lenguaje del hombre. Parte de la afirmación según la cual el *logos* precede al hombre y el “uso” que él hace de sus poderes numinosos es siempre, en cierta medida, una usurpación. En esta óptica, el hombre no es el amo del habla sino su sirviente. No es propietario de la “morada del lenguaje” (*die Behausung der Sprache*), sino un huésped incómodo, hasta un intruso. Las formas de expresión más densamente cargadas, la poesía y el discurso metafísico y religioso, no resultan del gobierno del lenguaje sino de una servidumbre privilegiada, de la infrecuente capacidad que posee el rapsoda, el pensador o el visionario de “oír lo que le dice el lenguaje”. Este modelo “logocrático” es antiguo. Al parecer estuvo en el centro de ese conjunto de actitudes conocido con el nombre de *orfismo*. Pero es en nuestra época cuando ha sido formulado con mayor intransigencia. No es “el hombre el que habla el lenguaje”, sino “el lenguaje el que habla al hombre”, o, en su formulación más lapidaria: “el habla habla”, *die Sprache spricht*. La piedra de toque de la postura “logocrática”, de manera notable en sus hábitos modernos, es el recurso canónico, implícito o explícito, a dos textos. El primero es el *Crátilo*. El “logócrata” se adhiere, bien intuitivamente, bien en virtud de una reflexión, a las

palabras y a los sentidos. Las palabras no son las fichas arbitrarias de Saussure. Designan y por tanto definen la *quiddidad* de los seres, por utilizar el vocabulario tomista y en definitiva “cratiliano” de Gerald Manley Hopkins. De ahí las denominaciones inmediatas y ontológicamente determinantes impuestas por Adán en el jardín del Edén. De ahí viene también que la polisemia, la ambigüedad y la contrafactualidad sean síntomas y consecuencias de la Caída. El segundo texto talismánico del “logócrata” es el enigmático fragmento sobre el *logos* al que Diels ha asignado el número uno en su edición de los fragmentos de Heráclito. De este *gnômôn* se han propuesto casi tantas traducciones como absolutistas del lenguaje hay. Al parecer habla de la concesión del *logos* al hombre, de la presencia y de lo presente en el *logos* de “todo lo que está allí”, pero también de la incapacidad en que se halla el orden común de la humanidad para comprender el *logos* en su plenitud de ser. Solamente el hombre raro está abierto a esta comprensión. Está despierto. Los demás dejan que el don del *logos* se les escape como en un sueño. Pero hay otro texto indispensable para los dos “logócratas” del siglo XX que me propongo examinar. Lo que dice Parménides del “ser” y de la “unicidad” del ser con y en el decir y el sentido del sentido.